

La idea de nación

¿Por qué la Grecia fué incapaz de realizarla? (1)

El régimen político griego encontró en las colonias fuentes para desarrollarse, sobre todo, en las del Asia Menor. Naturalmente, había allí, una tradición más vieja y más fuerte, que estaba en contacto con las grandes culturas orientales. De manera que recogía todas las experiencias; al mismo tiempo la vida era más intensa, tanto en el

campo de la actividad económica como religiosa y cultural. De ahí entonces, que la política despertara más pronto a nuevas formas, las formas propiamente griegas. La idea de la ciudad surgía como una unidad, como un todo que comprendía los diversos aspectos de la vida de un pueblo agrupado tras sus muros. La ciudad antigua es una totalidad religiosa y política, es una unidad económica, es también un recinto militar. Todos estos elementos contribuyen a formar la ciudad. Esta no es un con-

(1) Versión taquigráfica de una clase del profesor de Historia Universal, señor Juan Gómez Millas, por Agustín Candía.

glomerado urbano, no es una urbe solamente, sino algo más, es una institución moral, política y religiosa.

La típica ciudad antigua, la polis, se diferencia esencialmente de la ciudad moderna, como también en parte de la ciudad del Imperio Romano y de las colonias griegas diseminadas por el Oriente después de la conquista de Alejandro, en que la ciudad antigua, la polis, tiene una personalidad propia, es independiente o tiende a serlo, es autónoma y en el campo económico tiende a abastecerse a sí misma y a dominar el territorio que la rodea a fin de surtirle en él, es decir, es autárquica. Tiene sus dioses protectores propios, dioses que protegen la vida ciudadana. La institución propiamente es un todo armónico. Es la primera preocupación del griego, dar armonía a este todo. Le repugna toda contradicción dentro de la ciudad, de ahí que aspire siempre a clasificar a la gente y a repetir esta clasificación. Los que son ciudadanos con derechos determinados en la política, corresponden a una clasificación en el Ejército, en el terreno de la economía, en la vida social. Se trata de mantener siempre la armonía, el equilibrio de las fuerzas, de las ideas, de las circunstancias económicas, de las circunstancias políticas. Esta es la tendencia, es el ideal de la ciudad: Todas las organizaciones que surgen dentro de la ciudad, ya sean aristocráticas primero, después democráticas, asambleas del pueblo, tienden a lo mismo.

La ciudad trata de defenderse del exterior, no sólo para mantener su constitución interna y su autonomía, sino también, a fin de mantener la armonía con el extranjero. No es propiamente lo enemigo, pero es lo que no se entiende, lo que está fuera del ambiente y de la in-

teligencia ciudadana. Dentro de la misma Grecia, entre las diversas ciudades hay ciertas incomprendiciones que la ciudad mantiene como diferencias, como antecedentes o tradiciones de su propia personalidad. Atenas sostiene su democracia como una de las características decisivas de su ciudad. Esparta mantiene el régimen aristocrático con el mismo criterio.

No hay institución en la historia del mundo, tal vez más cerrada, más celosa y más autónoma que la ciudad antigua. Estas características son el secreto de por qué la Grecia nunca llegó a ser una nación. La amenazaron los mayores peligros, los Persas, los Galos, los Macedonios, los Romanos, etc... Fué inútil. La Grecia se mantuvo en las mismas características que hemos señalado: cada ciudad independiente. Si se llegaba a alianzas pasajeras, no todos los griegos entraban en esa alianza. Numerosos griegos por razones particulares, por consideraciones de sus intereses se unieron a los persas. En seguida en la unión que los griegos formaron contra los persas, en el día mismo de la batalla de Salamina hubo rivalidades por el comando de la flota entre espartanos y atenienses, hasta que la audacia de Temístocles logró darle a la flota el comando único que salvó la batalla, y así después en muchas ocasiones. Los atenienses pedían que se defendiesen las Termópilas para impedir el avance, los espartanos decían que el istmo de Corinto. Se ve en esto el egoísmo más cerrado, el espíritu de pequeño grupo, de pequeñas ciudades dominándolo todo; aun las consideraciones más hábiles de táctica o de política.

Después las hegemonías no son sino la aspiración de cada ciudad a controlarlo todo sin incorporar a los elementos que se controlan, sin

formar con ellos una nación; como diríamos una nación jónica dirigida por Atenas; sino que los jonios están al servicio de Atenas y así en todas las cosas.

En la misma vida religiosa, en la organización de carácter cultural; como, por ejemplo, el mantenimiento de los santuarios de carácter internacional: el de Delfos, el de Dodona, el de Olimpo, etc., las ciudades trataban de mantener esta misma independencia. De allí nacieron conflictos graves en el seno mismo de las anfictionías, hasta el extremo que hubo ciudades que se apoderaron de sus tesoros para servir sus propios intereses. Atenas, por ejemplo, echó la mano al santuario de Delos y lo trasladó al templo de Atenea en Atenas. Este tesoro pertenecía a todos los que formaban la confederación.

Cada ciudad después de las guerras médicas aportaba hombres, navíos y dinero en proporción a sus condiciones económicas, de acuerdo con un proyecto hecho por Arístides; pero como Atenas temiese que estos soldados y barcos pudiesen perturbar la hegemonía suya, reemplazó la contribución en hombres por una en dinero, de manera que ella pudiera contratar los hombres y los barcos. La confederación, de un carácter que tenía más o menos federal, dejando en pie la situación de cada uno de los incorporados, pasa a ser una hegemonía. Atenas, disponiendo de los hombres y barcos, disponía del nervio de la guerra; disponía de todo. Los confederados de Delos se sublevaron y Atenas los aplastó por la violencia, con la misma fuerza de ellos y estableció así una hegemonía que se hizo antipática, que provocó revoluciones continuas en diversos puntos de la confederación de Delos.

Otro tanto hizo Esparta. Esta se encargó de la administración del ejército, de la confederación dórica, en donde entraron casi todas las ciudades del Peloponeso. De estas dos fuerzas rivales, incluyendo Corinto, rival de Atenas, surgió la famosa guerra del Peloponeso. Tenemos divisiones dentro de los propios aliados.

Después, cuando Macedonia dominó la Grecia, mantuvieron su posición independiente. Por ejemplo, se negó en la expedición de Alejandro y así también lo hicieron muchas otras ciudades. Inmediatamente que se supo la marcha de Filipo se sublevaron casi todas las ciudades griegas, principalmente Tebas que fué destruída por Alejandro en castigo de esta sublevación. Muerto Alejandro, ocurrió lo mismo. Se sublevaron nuevamente y se independizaron. Frente a Macedonia, frente a Egipto, convertidos en monarquías helenísticas, estas ciudades no supieron organizarse. Unos apoyaron a macedonios, otros a los sirios, otros a los Seleucidas, otros a los Ptolomeos. No hubo entre ellos ninguna alianza; todos fueron víctimas de los grandes poderes de carácter continental. Ya caían en poder de los macedonios, ya en poder de los Ptolomeos, etc.

En las regiones más salvajes, más retrasadas de la Grecia, surgieron dos ligas: la Aquea y la Etolia, que no tenían propósitos comunes, sino contrarios. Estas lucharon por dominar en Grecia. Ellas mismas apoyaron a poderes extraños, por ejemplo, a los romanos, a los macedonios, a los Seleucidas, etc., y los invitaron a intervenir en sus cuestiones internas. Este estado permanente de Grecia, sin solución de ninguna especie, terminó con la dominación romana. Roma, que no podía tolerar he-

gemonías dentro de su imperio, las convirtió en municipios; controló sus finanzas, su ejército, y se acabó la Grecia libre. Pero hasta el último momento los griegos persistieron en sus posiciones irreductibles de no entendimiento. No había bases para ello. La Grecia era impotente para vencer sus deseos de absoluto control de sus propias ciudades. Cada ciudadano o cada grupo prefería entregarse al gobierno extranjero dominante o a un poder fuerte, y no comprometerse a participar de los propósitos del gobierno local o dar la autoridad del gobierno a un poder central vigoroso.

Toda la voluntad de la Grecia, todo el valor de los griegos, toda la capacidad de lucha y organización, todo se perdió, se inutilizó. Faltó la voluntad nacional; la idea dominante que constituye una nación, y que se eleva sobre los pequeños intereses y preocupaciones locales. La Grecia estaba en condiciones prácticas, tenía las fuerzas, tanto de carácter material como moral o espiritual, para haber sido una potencia mundial, para haber orientado al mundo entero, política y culturalmente. Lo hizo a través de otro pueblo; pero no a través de su voluntad de poderío, fué impotente.

Los orígenes de este estado de espíritu se encuentran en los siglos en que aparecen las ciudades. Los antecedentes contribuyeron mucho; la geografía permitió el desarrollo de estas pequeñas ciudades aisladas. La colonización fué un poderoso antecedente en este sentido, porque permitió que las ciudades pequeñas, sin territorio, viviesen tranquilas en esta situación mediante su actividad colonial repartida por todas partes.

No puede decirse que en Grecia ha existido la idea viva de «nación». No basta para que ella aparezca la

existencia de una comunidad cultural, ni una comunidad racial, ni lingüística, ni religiosa. La idea de nación se forma con varios elementos que no son justamente los que hemos mencionado. Ellos pueden coexistir en un grupo humano sin que aparezca en ese grupo la idea de nación. Y en cambio, la idea de nación puede aparecer en agrupaciones humanas en donde los elementos que la integran no constituyen unidades lingüísticas, raciales, religiosas o económicas. Un ejemplo claro lo puede constituir a este efecto la Alemania, en donde coexisten religiones, y grupos étnicos distintos. En Rusia ocurre lo mismo, y aun la variedad racial, lingüística y religiosa es más pronunciada. Pero tanto en Alemania como en Rusia, existe la idea de nación y sus componentes poseen el sentimiento de que pertenecen a una unidad popular y política. ¿Cuáles son los elementos entonces que constituyen la nacionalidad?

En general, se puede decir que los griegos tenían una misma religión, una misma cultura, constituían una unidad racial; hablaban lenguas que sólo se diferenciaban en elementos dialectales. Sin embargo, no formaron una nación.

La nación no es un producto natural y espontáneo, es una creación; un producto de la historia.

El aparecimiento de la idea de «nación» no depende de circunstancias económicas, geográficas, lingüísticas, religiosas, raciales, sino de fenómenos que radican en la voluntad humana. La nación es un producto de la voluntad colectiva. Hay pueblos que quieren constituir una nación, otros no lo quieren con el vigor suficiente para llegar a realizarlo. Los austro-húngaros formaron un imperio y no lograron estructurar una nación. El primer elemento es por consiguiente la vo-

luntad de tener un destino común, que se alimenta en la ilusión de que se tuvo un pasado común.

Cuando los franceses denominaron «nación francesa» a todos los «pays de France», comenzaron a manifestar esa unidad popular, antecedente indispensable para que se realizara la idea de «nación». Los revolucionarios querían dar al pueblo francés un mismo destino; el destino de la revolución. La voluntad revolucionaria de Francia es la que creó la nación francesa. Hasta entonces la monarquía había preparado el material histórico, había reunido los «pays de France» y había luchado unida a los campesinos y burgueses contra los divisionismos feudales; pero sin conseguir todavía esa unificación espiritual que Francia obtuvo de la revolución de 1789. La unión de todos en la defensa de las conquistas políticas y sociales contra la guerra que mueven desde el exterior emigrados y reyes europeos y la lucha para dominar la contra revolución, es un episodio tan formidable que cierra una época y abre otra para todos los que habitaban la Francia. En medio de la violencia nació la idea de que todos habían tenido siempre un destino común; ilusión; pero ilusión generadora de otra gran idea y sentimiento, de que tenían, que cumplir un mismo destino en el futuro. Hasta poco antes de la revolución, los

franceses habían sido entre sí tan enemigos como lo fueron antes de la unidad alemana, los sajones, los bávaros y los prusianos; o como lo fueron antes de 1917 los ucranianos, los rusos grandes, los georgianos, etc. Pero en los tres casos se impuso la voluntad revolucionaria; una voluntad de poder político que dominó las divisiones culturales, religiosas, económicas o raciales; un grupo político revolucionario interpretó la gran masa e impuso su voluntad aun contra la apariencia histórica. La nación es un producto de la voluntad histórico-política. No es producto natural, sino una creación artificial del espíritu y de la voluntad humana.

El movimiento hitlerista tiene en Alemania, hoy día este gran sentido histórico, cualquiera que sean sus defectos: Tiende a hacer desaparecer por medio de la acción de una voluntad revolucionaria, las diferencias locales que se oponen, en beneficio del destino común de la nación Alemana. Bismarck comenzó la obra, Hitler parece que la va a terminar. En este hecho se encuentra el poder del naciismo. Los defectos que el naciismo tiene carecen de importancia al lado de esta voluntad alemana revolucionaria. Un pueblo que es capaz de realizar su historia, puede obrar en su perjuicio o en su beneficio, pero obra en el sentido de voluntad de poder.